



LECTURA
SEMANAL
POPULAR

10
Cents

ORTEGA & FRIAS

HONOR DE ESPOSA CORAZÓN DE MADRE

LECTURA

AÑO I SEMANAL
NÚM. 8

**PRE-
CIO:**

**22 DIC.
1925**

POPULAR

**10
CTS.**

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN:

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Resumen de lo publicado en los números anteriores:

Querubín y María, la hija del poderoso comendador don Pedro de Saavedra, se aman. El orgulloso comendador persigue implacablemente a Querubín, porque quiere casar a su hija con don Leandro de Sandoval, hijo de los condes de Rocanegra.

Querubín ignora quiénes son sus padres. Vive pobremente con su protector, don Godofredo de Guevara, hidalgo arruinado, que le recogió a los dos años de los brazos de una pobre mujer, que murió.

Un día, Querubín y su protector se hallaban en casa de su sastre, el señor Policarpo, que habitaba en un portal de misero aspecto, cuando vieron salir del interior a don Leandro de Sandoval. Intrigados preguntaron al sastre, y éste ocultó el motivo de la visita.

En aquella casa vivían también dos mujeres, madre e hija. Llegaron allí diecisiete años antes, sin que nadie supiese quiénes eran ni de dónde procedían. Vivían modestamente. La madre se llamaba Mariana, y la hija, Consuelo.

La madre sufrió un ataque de parálisis que la dejó completamente im-

—No vacilo.

—¿Me habéis entendido bien?

—Sí.

—Entonces...

—¿La hora?

La sirvienta mostró los diez dedos de sus manos, y luego uno, lo cual significaba que a las once.

—Seré puntual—dijo la señora Petra.

—No tendréis que arrepentiros.

—Decid a vuestra señora que pido a Dios que la haga feliz.

Nada más hablaron entonces.

Juana desapareció, atravesó los desvanes, bajó las escaleras y corrió hasta el aposento de su señora.

Encontrábase ésta triste, meditabunda y como agobiada por el peso enorme de su dolor. El rostro de la doncella expresaba la más viva alegría.

—¡Hemos triunfado!—exclamó.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó María afanosamente.

—Que mañana a la noche podréis ver al señor Querubín.

—¡Juana!

—Porque ya no habrá ningún inconveniente para que entre en casa y llegue hasta este aposento, si es que aquí queréis recibirle.

Quedó aturdida la hija del comendador, porque era para aturdir la el anuncio de la realización de un imposible.

—¿Y cómo puede suceder eso, cuando el desgraciado Querubín no puede entrar por ninguna parte? ¿Acaso has encontrado medio de convertirlo en fantasma y que se filtre por las paredes?

—¿Pues no decíais que el señor Querubín entraría si yo me empeñaba en ello?

—Pero temo que te forjes ilusiones en cualquier sen-

tido, y que mi situación, ya demasiado horrible, se agrava más y más.

—Por fortuna, os equivocáis.

—¡Explícate, Juana!

—Ahora no puedo, porque si ha vuelto Andrés...

—Siquiera, una indicación que me permita adivinar tus planes.

—El señor Querubín no puede entrar por las tapias.

—No.

—Tampoco por la puerta principal.

—Imposible.

—Y por los balcones...

—Mucho menos.

—Entrará por el tejado.

—¿Has perdido la razón?

—Dejadme, que después hablaremos detenidamente.

Y sin escuchar más salió del aposento la doncella.

Nada más digno de mención sucedió aquel día en la morada de don Pedro.

Este permaneció en su gabinete hasta la hora de cenar.

Cuando llegó el momento de acostarse, Andrés revisó todas las puertas y ventanas, aunque tenía el propósito de vigilar y observar en sitio conveniente.

Dieron las diez, y en toda la casa reinó el silencio más profundo.

A las diez y media empezó Andrés a sentirse aburrido y dijo para sí:

—Me parece que esta noche es inútil tomarse el trabajo de vigilar, pues ese hombre no ha de volver hasta que pasen algunos días, y aun así, tendrá que trabajar mucho para sobornar a los nuevos criados. Todos duermen, y yo debo hacer lo mismo.

Fue hasta la puerta del aposento de María, luego al de Juana, y al fin se acostó.

No habían transcurrido veinte minutos cuando la atrevida doncella, a oscuras y a medio vestir, salió de su dormitorio.

A tientas y sin hacer el más leve ruido, atravesó algunas habitaciones, subió unas escaleras, se metió en los desvanes, y se colocó junto a la ventana desde donde había conferenciado con la señora Petra.

Allí permaneció inmóvil.

Era intenso el frío; pero Juana no lo sentía.

Dieron las once.

La luna se había dejado ver.

La doncella abrió la ventana y se asomó.

A favor de los resplandores del astro nocturno pudo la doncella distinguir un bulto negro que se movía sobre el tejado.

Las tejas crujían, y aquél era el único ruido que interrumpía el silencio de la noche.

El bulto avanzó y llegó al pie de la ventana.

—¡Aquí estoy!—dijo entonces la sirvienta.

—¡Ah!—exclamó la viuda poniéndose en pie.

—¿Habéis tenido mucho miedo?

—Un poco, por falta de costumbre de andar por los tejados.

—Entrad, que fácilmente podéis hacerlo.

Pocos instantes después se encontraban ambas en el camaranchón.

—¡Señora Petra!—exclamó la sirvienta.

—Pero ¿qué pasa, hija mía?

—Que mi noble y desgraciada señora y yo nos encontramos en el mayor de los apuros.

—¿Y puedo favoreceros?

—Podéis hacer feliz a mi señora, y al mismo tiempo asegurar vuestra fortuna.

—Explicadme eso, pues no se me alcanza que una po-

bre como yo pueda ser útil a una dama como vuestra señora.

—Muchas explicaciones no puedo daros, porque hay cosas que no deben decirse; pero sí sabréis que mi señora está enamorada, y como su padre no aprueba ese amor porque quiere casarla con don Leandro de Sandoval...

—¡Ahora entiendo! El amante de vuestra señora fue el que anoche se introdujo en el jardín, y ella debía de esperarle...

—¡No penséis tal, señora Petra.

—¿Me equivoco?

—A medias no más; porque, si bien es cierto que el amante a quien aludo se introdujo en el jardín, no le esperaba mi noble señora, sino yo, para entregarle una carta y entenderme con él.

—¡Es igual!

—No es lo mismo; porque nunca se permitiría mi señora recibir a media noche y sin testigos al hombre a quien ama.

—Testigo podéis serlo vos.

—Muy cierto, pero aun no ha llegado el caso.

—Muy atrevido debe de ser el galán, pues, según lo que me han referido...

—El amor da atrevimiento para todo.

—Ahora sepamos, señora Juana, lo que en vuestro favor puedo hacer, pues aun no lo adivino.

—Yo no puedo ir durante el día en busca del galán, porque mi señor sospecharía lo que no es menester que sospeche, y él no puede venir durante la noche, porque vigilan como nunca han vigilado.

—¿Queréis que yo le lleve alguna carta?

—No todo puede explicarse por escrito, y es menester que ese hombre se entienda conmigo de palabra.

—Y, además, si vuestra señora quiere verle...

—Puede convenir.

—Sepamos lo que he de hacer.

—Acabo de confíaros un secreto de muchísima importancia.

—¡Descuidad!

—Sois enteramente libre y dueña de vuestras acciones.

—¡Por mi desgracia!

—¿Quién os estorba abrir la puerta de vuestra casa al amante de mi señora?

—Nadie.

—¿Y qué inconveniente hay para que a media noche haga él lo mismo que vos acabáis de hacer?

—¿Entrar por aquí?... .

—Ni más ni menos.

—¡Señora Juana!...

—¿No queréis comprometeros?

—Es que...

—Aunque el galán fuese sorprendido, nada perderéis, puesto que nadie había de saber que para entrar por esta ventana había salido por la de vuestra guardilla. Quien arriesga mucho soy yo, pues si nos sorprenden me será imposible justificarme; si bien es verdad que si tal desgracia sobreviene, decidida estoy a salvar, a mi señora, aun a costa de mi honor, pues diré que el galán es mi amante y que para hablar conmigo se ha introducido en la casa.

—¿Y cómo ha de creer nadie que os enamora un caballero? Porque supongo que ese hombre pertenecerá a la nobleza.

—Vendrá disfrazado—replicó Juana—; y, sobre todo, en cuestiones de amor no hay clases ni categorías.

—Sobre ese punto os arreglaréis como mejor os parezca.

—Ciertamente; y lo único que falta es que vos dejéis que el galán salga por la ventana de vuestro aposento.

La señora Petra dudó; pero sintió en sus manos la impresión fría de un cuerpo duro.

—¿Qué es esto?—preguntó con extrañeza.

—Un recuerdo de mi noble señora.

—Pero...

—No será el último.

—No sé si debo aceptar...

—Muchas veces habéis aceptado, porque lo exige vuestra triste situación.

Concluyeron las vacilaciones de la viuda.

Guardó la moneda que se le ofrecía, y dijo:

—¿Cuándo ha de venir ese caballero?

—Le esperaréis todas las noches.

—Así lo haré.

Y para que pueda llegar a vuestro aposento sin que se enteren los vecinos, me daréis mañana la llave de la puerta de la calle.

—Para nada la necesito, porque al oscurecer ya estoy en mi casa.

Muy poco más hablaron para ponerse de acuerdo en ciertos detalles.

La señora Petra, repitiendo sus palabras de gratitud salió, atravesó el tejado y entró en su guardilla.

Juana volvió a su aposento, desnudóse y se acostó.

Cinco minutos después dormía profundamente.

Había triunfado, y por entonces no temía nuevos peligros, aunque la verdad es que le amenazaban muchos.

CAPÍTULO XX

Querubín comete más de una imprudencia

A las diez de la mañana siguiente Querubín paseaba por la calle de San Bernardo con la mirada fija en la vivienda del comendador.

Ventanas y balcones estaban cerrados como si fuese de noche; pero esta circunstancia no desanimó al enamorado mancebo.

Había cavilado y trazado varios planes; pero todos eran de imposible realización.

Nunca como entonces tenía empeño en ver a María, porque era preciso que ésta supiese que el hijo de la condesa estaba enamorado.

Cuando sucediera así, la joven se sentiría con doble valor para resistir a las exigencias de su padre, y tendría, además, fuertes razones que oponer, pues si Leandro amaba a Consuelo, claro estaba que María, siquiera por dignidad, no podía casarse con él.

Ningún inconveniente encontró Querubín para poner en práctica este plan, pues, en su trastorno, no pudo prever las consecuencias que había de producir.

Después de media hora de pasear vio que Juana salía. y que, paso entre paso, tomaba hacia la plaza de Santo Domingo.

Casi al mismo tiempo salió de otra casa una mujer miserablemente vestida.

Era la viuda.

Detuviéronse ambas para saludarse.

Hablaron poco, estrecháronse las manos como buenas amigas, y se separaron, siguiendo opuesta dirección.

Advirtió Querubín que aquella pobre mujer le miraba con demasiada atención.

Siguió la doncella su camino.

El mancebo fue tras ella a larga distancia, y, lo mismo que el día anterior, detuviéronse junto a Santa Catalina de los Donados.

— ¡Dios nos proteja! — exclamó Juana con voz angustiosa.

— ¿Tenéis que comunicarme otra desgracia? — le preguntó Querubín.

—¿Os parece poco lo que ha sucedido ?

—Ciertamente, es mucho; pero...

—El día que todo esto se descubra...

—Entonces veremos lo que nos conviene hacer.

—Señor Querubín, el amor os hace cometer locuras; a mi señora le sucede lo mismo, y de todo esto resulta que yo me comprometo, y más o menos tarde...

—Juana—interrumpió el mancebo con impaciencia—, ha empezado la partida, y es preciso que concluya. ¿Os parece que, siquiera por honra, debemos retroceder ?

—Lo que me parece es que nos hemos metido sin careta en el colmenar.

—Todo lo malo que puede suceder es que las abejas nos claven el aguijón; pero si sufrimos un poco, nos haremos dueños del dulcísimo panal.

—¡ Si antes su dueño legítimo no acaba con nosotros !

—Os desconozco, Juana.

—¿ Y por qué ?

—Antes todo lo veáis risueño y os parecía muy sencillo, y ahora...

—La situación se complica y las dificultades aumentan. Durante la noche vigila Andrés, y mi señor ha dicho que no salga de casa a ninguna hora. ¿ Qué os parece de todo esto, señor Querubín ? Como si fuese la cosa más fácil, mi pobre señora me exige lo que no puedo hacer; y vos, por otro lado...

—Si es que os dais por vencida...

—¡ Eso no ! —replicó vivamente la doncella.

—El día que tengáis miedo, decídmelo.

—¡ Miedo ! ¡ Señor Querubín, me ofendéis !

—Y si es que vuestro ingenio no puede sacarnos del apuro...

—¡ Aun me sobran medios para luchar ! —replicó Juana, cuyo amor propio acababa de sentirse vivamente herido.

—Entonces...

—Esta noche veréis a mi señora.

—¿Esta noche ?...

—Sí.

—¡Ah!

—Ya veis que todavía sirvo para algo.

—¡Sois una gran mujer; y si valéis mucho por vuestra arrebatadora belleza, no valéis menos por vuestro talento!...

—¡Cuidado, señor Querubín, que si os entusiasmáis demasiado!...

—¿Por qué no he decir la verdad ?

—¿Os parecería yo igualmente bella si no os dijese que esta noche podíais ver a mi señora ?

—Os equivocáis y cometéis una injusticia muy grande.

—Señor Querubín, pensad que necesitamos aprovechar el tiempo.

—¡Ver esta noche a María!...

—Escuchadme.

—Ya os escucho.

—Después de las once llegaréis a la casa que está junto a la nuestra.

—¿Y qué he de hacer allí ?

—Entraréis.

—¿Quién abrirá ?

—Vos, con esta llave—dijo la doncella.

Y presentó la que le había entregado su vecina.

—Proseguid.

—Subiréis la escalera sin hacer ruido.

—Descuidad, que para eso tengo más habilidad que un ladrón.

—Llegaréis hasta las guardillas.

Relumbraron los ojos de Querubín, porque adivinó el plan.

— ¡Oh! — exclamó mientras se daba una palmada en la frente.

— ¿Qué os pasa ?

— ¡ Soy un estúpido !

— ¿ Y por qué ?

— ¡ Ha debido ocurrírseme que lo mismo se entraba en las casas por el tejado que por la puerta !

— Yo lo he pensado por vos.

— ¡ Cuánto os debo !

— Seguid escuchando.

— ¿ Hay más de una guardilla ?

— Dos.

— ¿ Y en cuál de ellas he de entrar ?

— En la que está a la derecha.

— Supongo que allí encontraré a esa pobre mujer con quien habéis cruzado algunas palabras.

— No os equivocáis.

— Pues no necesito más explicaciones.

— Pero sí necesitáis una advertencia.

— Decid.

— Esa pobre mujer ignora quién sois.

— No lo sabrá por mí.

— Cree que vuestra pobre ropa es un disfraz.

— Entiendo.

— Yo estaré en otra ventana.

— ¡ A las once me tendréis allí !

Poco más hablaron.

Cuando se despedían exhaló Juana un grito de sorpresa y de temor.

— ¿ Qué tenéis ? — le preguntó Querubín.

— ¡ Andrés ; mirad !

— ¡ Vive Dios !

El mancebo subió el embozo y se alejó rápidamente.

Juana no se turbaba con facilidad ; pasados algunos momentos, recobró completamente la calma.

En vez de alejarse esperó.

Andrés llegó adonde ella estaba.

El rostro del sirviente había enrojecido como si fuese a brotar la sangre.

Su mirada era sombría.

Le atormentaban los celos.

— ¡Siento haberos interrumpido! —dijo con reconcentrada voz.

— Y yo me alegro mucho —respondió la doncella desplegando una sonrisa y fijando una mirada fascinadora en Andrés.

— ¿Y por qué os alegráis?

— Porque así he podido librarme de un importuno.

— ¿Pues quién es ese hombre?

— No lo sé; pero casi siempre que salgo le encuentro, se me acerca, y aunque le rechazo duramente, me habla de su amor.

— A las mujeres les agradan siempre las galanterías.

— Según.

— Si hubieseis querido evitar que ese importuno se os acercase...

— Probablemente le encontraré otra vez.

— Y así otra vez —replicó el sirviente con amarga ironía— tendréis el placer de escuchar...

— No será mía la culpa, sino vuestra —interrumpió Juana volviendo a sonreír con expresión encantadora.

— ¿Mía? ¡Vive el cielo que decís cosas bien extrañas!

— Señor Andrés, me parece que se os ha trastornado la cabeza desde la otra noche.

— ¡No me habléis de semejante asunto!

— Es que no puedo olvidarlo fácilmente.

— Decís que si otra vez se os acerca el importuno galán...

— Será vuestra la culpa: eso he dicho.

—¿Queréis explicaros ?

—¿Acaso no adivináis lo que quiero decir ?

—No.

—Ahora voy a ver a mi tía.

—¿Y qué tiene que ver vuestra tía con ese galán ?

—Si me acompañáis...

—¡Vive el cielo!

—¿Os enfadáis ?

—¡Juana!...

—Así evitaréis que ningún atrevido me dirija la palabra.

—¿Y si encontramos a ése ?

—Creo que no se acercará; pero si lo hiciera...

—¡Recibirá una dura lección!

—Me prestaréis un gran servicio.

Estas palabras no podían ser más halagadoras para el criado.

Si sus celos no desaparecieron completamente, disminuyeron mucho, porque empezó a tener la seguridad de que el mancebo no era amante de Juana.

Cambiaron de conversación y se dirigieron hacia la calle del Arenal.

Este incidente, que parecía de poquísima importancia, podía tener las peores consecuencias.

Andrés había mirado a Querubín con toda la atención que se mira a un rival, y si otra vez le viera, le reconocería, lo cual no era conveniente para el protegido del señor de Guevara.

El día pasó sin otra novedad.

Llegó la noche, y a las once en punto se encontraba Querubín a la puerta de la casa donde habitaba la viuda.

Solitaria estaba la calle.

—No se percibía ruido alguno, ni había más luz que el resplandor argentado de la luna.

Después de mirar a todos lados y de convencerse de

que nadie le observaba, sacó Querubín la llave, abrió, entró y volvió a cerrar.

No conocía el interior de la casa; pero eso no podía ser un inconveniente para él.

A tientas avanzó hasta encontrar la escalera, subiendo sin producir el más leve ruido.

Ni siquiera se le había ocurrido pensar en los peligros que corría, pues si en aquellos momentos le hubiesen sorprendido, habrían creído que era un ladrón.

Afortunadamente, no sucedió así, y el audaz mancebo pudo llegar al extremo superior de la escalera.

Una vez allí, se detuvo, volvió la cabeza a todos lados, y distinguió algunos destellos de luz que se escapaban por las hendidias de una puerta.

—¡Ahí debe de ser!—dijo para sí.

Dio algunos pasos y tosió.

Inmediatamente se abrió la puerta, apareciendo la viuda con un candil.

Al primer golpe de vista reconoció al atrevido galán, y le hizo seña para que entrase.

Tenía Querubín que acordarse del papel que representaba, y así lo hizo con admirable habilidad.

—Buena mujer—dijo con esa entonación de los grandes cuando hablan a los pequeños—, cualquiera que sea el resultado de mi difícil empresa, vuestros servicios serán recompensados y os veréis libre de esta espantosa misera.

—¡Caballero!...

—Me han dicho que tenéis un hijo.

—De cinco años.

—¿Dónde está?

—Duerme. Miradle.

Y la viuda señaló hacia su pobre lecho.

Ya que otra cosa no hiciese, quiso Querubín halagar

el orgullo de madre, y, acercándose a la cama, contempló al niño y exclamó:

— ¡Es hermoso como un ángel!

— ¡Ah!

— Y su espaciosa frente revela mucha inteligencia.

— En cuanto a eso, no se equivoca vuestra señoría. ¡Si lo oyeseis hablar! ¡Pobre hijo mío! Y se cría en el más completo abandono, porque mis recursos apenas bastan para darle un pedazo de pan.

— Tranquilizáos, buena mujer, que educación recibirá vuestro hijo, y cuando sea tiempo, le enviaremos a Alcalá para que estudie y se haga un hombre de provecho, y más adelante no le faltará un empleo para vivir desahogadamente.

Esto era mucho; era tanto, que apenas lo concebía la señora Petra.

¡Estudiante su hijo!

Nunca había soñado semejante fortuna.

Miró a Querubín, y le pareció doblemente hermoso de lo que era en realidad.

Ya no era posible que dudase que el mancebo pertenecía a la clase más elevada.

Así lo probaban sus maneras distinguidas, su lenguaje y su generosidad de gran señor.

Le pareció a la viuda que la hija del comendador hacía muy bien en amar a semejante hombre.

Querubín, dando una prueba más de su privilegiado talento, quiso añadir la última pincelada, y dijo:

— Siento que vuestro hijo duerma, porque no puedo darle un beso.

— Tanta honra, mi noble señor...

— ¡Merecéis mucho más!

— ¡Disponed de mi vida, caballero!

— No es menester tanto.

— Ya le he dicho a Juana...

—Lo sé todo.

—A todas horas estoy a vuestras órdenes.

—Por lo que pueda suceder, os haré algunas advertencias.

—Escucho con el respeto que debo.

—Todo es posible, porque nadie puede responder de las casualidades y de las coincidencias: digo esto, porque, aunque hemos combinado bien nuestro plan, puede suceder que me sorprendan alguna noche, ya en los tejados, ya en la vivienda de don Pedro, o en la escalera de esta casa.

—Dios querrá protegeros.

—Lo espero así; pero a veces Dios dispone lo que a nosotros no nos parece que nos conviene.

—Es muy verdad.

—Si me sorprenden, tomaré un nombre cualquiera; y para que no quede comprometido el honor de la mujer a quien adoro, diré que soy el amante de Juana y que en este concepto habéis tenido a bien favorecerme para pagar los beneficios que a ella le debéis.

—Comprendo.

—Como en semejante caso os pedirán declaración...

—No cometeré ninguna torpeza.

—Y si os preguntan cómo me llamo, diréis...

Interrumpióse el mancebo como si reflexionara.

—Me llamo Querubín—añadió después de algunos momentos.

—No lo olvidaré.

—De mis circunstancias nada sabéis, pues os basta que la doncella os haya dicho que soy un hombre honrado.

—¡Descuidad!

—Eso es lo que responderéis a la justicia y al comendador, y a cualquiera persona que os pregunte; y así podréis estar segura de que vuestro hijo llegará a ser médico, abogado, o lo que mejor le parezca.

La cándida viuda creyó como un artículo de fe cuanto le decía Querubín.

Juró que sería leal y que antes perdería la vida que revelar el secreto que se le confiaba.

—No puedo detenerme—dijo el mancebo.

—Esa es la ventana por donde debéis salir; y si no lo lleváis a mal, os daré un consejo.

—Lo escucharé con mucho agrado.

—Dejad aquí la capa, el sombrero y los zapatos, porque no es lo mismo andar sobre las tejas que por el suelo.

—Me parece acertado lo que decís.

Y Querubín se despojó de sus zapatos, su capa y su sombrero.

La señora Petra abrió la ventana.

Echó el mancebo una ojeada al tejado.

—Allí—dijo la viuda—encontraréis a Juana.

—¡Pues en nombre de Dios!

Salió de la guardilla.

Con sorprendente agilidad corrió por el tejado. Llegó a la otra ventana y dijo:

—¡Aquí me tenéis!

—¡Me felicito!—respondió la doncella.

—¿Hay novedad?

—Ninguna: porque no es novedad que esta tarde mi señor haya hablado otra vez a su hija del casamiento con don Leandro.

—Si lo hace mañana, recibirá una contestación demasiado desagradable.

Entró Querubín en el camaranchón, y, guiado por la sirviente, pudo llegar hasta el aposento de María.

Esperaba ésta con tanto afán como temor.

Difícilmente pudo contener un grito de júbilo al ver a su amante.

Éste le dirigió las palabras más cariñosas.

Juana se colocó discretamente junto a la puerta para evitar que Andrés sorprendiese a los dos enamorados.

¿Para qué hemos de repetir la conversación de éstos?

Todos los que se aman se dicen más o menos lo mismo.

Tanto hablaron de su amor como de la situación crítica en que se encontraban.

Juraron amarse eternamente, y a la vez reconocieron que su amor era un imposible.

Así pasaron cerca de dos horas.

La doncella se tomó la libertad de advertirles que el tiempo transcurría, y entonces fue cuando el mancebo habló de lo más interesante.

—Tranquilízate—dijo—porque el mismo Leandro ha de favorecernos con su resistencia.

—Aunque no me ama, cederá a las súplicas de su madre, pues estando libre su corazón...

—Te equivocas, María, porque don Leandro está enamorado ciegamente.

Esta noticia produjo en la hija del comendador un efecto inexplicable.

—¡Enamorado!—exclamó con acento de sorpresa y de alegría.

—Sí.

—Es imposible; porque si así fuese...

—Lo sabrían siquiera sus amigos; ¿no es verdad?

—Eso es.

—El amor de don Leandro es un secreto que guarda cuidadosamente, como tú has guardado el de nuestro amor, porque en el mismo caso que tú se encuentra él.

—No te comprendo, Querubín.

—¿Por qué no le has dicho antes a tu padre que me amas?

—No se te oculta que por tu situación...

—También es pobre la mujer amada por don Leandro, y pertenece a la última clase de la sociedad; y, lo mismo que yo, también ignora quién es su padre, aunque tiene la felicidad de conocer a su madre.

—¿Y esa mujer?

—Es joven, hermosa y virtuosa; se llama Consuelo, y vive con su madre enferma en una casa de la costanilla de Santiago, esquina a la del Mesón de Paños.

Todas estas noticias eran de grandísimo interés.

Comprendió María que el secreto de los amores de Leandro era un arma con la cual podía defenderse para insistir en sus negativas.

Cuando el comendador supiera que el hijo de la condesa estaba ciegamente enamorado, no insistiría en sus proyectos de matrimonio.

Así debía suponerlo María, y así lo creyó.

Las dificultades serían siempre las mismas para que le permitieran unirse a Querubín; pero siempre sería una gran ventaja que no quisieran obligarle a ser esposa de otro.

Querubín siguió diciendo:

—Fácilmente podrá tu padre convencerse de que esto es verdad, pues no pasa día sin que Leandro deje de ir a la morada de Consuelo, y observando y preguntando a los vecinos, conseguirá saber tanto como yo.

No sospechaba Querubín las graves consecuencias que debía tener el descubrimiento de aquellos amores.

—Seguiré luchando—dijo resueltamente María.

—Y triunfaremos; no lo dudes.

—Mi padre jura que ha de encerrarme en un convento.

—¡Y yo juro que has de ser mía, a despecho de tu padre y de todo el mundo! Te daré otra buena noticia: mi generoso protector...

—¿Conoce ya nuestros amores?

—Sí.

—¿Y los aprueba?

—Con toda su alma.

—¡Dios le bendiga!

—Y, en su afán de favorecerme, ha decidido declarar que soy su hijo.

—Pero eso...

—Es mentira.

—Entonces...

—Una mentira que puede serme de gran utilidad, porque así tendré derecho a llevar el nombre ilustre de mi protector, y sería más fácil que tu padre cediese.

Sobre este punto continuaron la conversación, y a las cuatro de la madrugada tuvo la doncella que hacerles comprender la necesidad de separarse.

Otra vez se cruzaron tiernísimas palabras.

Más de un lánguido suspiro se escapó de los enamorados pechos.

Salió Querubín. Cinco minutos después estaba en la guardilla.

La hija del comendador se entregaba al más dulce de los sueños.

CAPÍTULO XXI

Un descubrimiento.

¿Era posible que el enamorado mancebo adivinase las consecuencias de lo que acababa de hacer revelando a María el secreto de los amores de Leandro?

Ni ella ni él daban a este asunto toda la importancia que tenía.

Nuestros lectores tampoco pueden adivinar lo que debía suceder cuando el comendador supiera que el hijo de la condesa amaba a Consuelo.

María debía sorprenderse y aturdirse como nunca, y en vano acudiría para que aclarase sus dudas a la inteligencia privilegiada de Querubín.

No sabemos por qué al día siguiente el comendador quiso hablar otra vez a su hija del proyectado matrimonio; pero ello es que así lo hizo, recordando a la desgraciada joven el deber que tenía que cumplir.

Escuchó ella con cierta calma, y aun se atrevió a desplegar una sonrisa irónica, diciendo luego:

—Padre mío, hago justicia a vuestro sentimiento de noble orgullo y de paternal ternura.

—Si pusieseis en duda esos sentimientos, yo te desconocería —replicó don Pedro con severo tono.

—¡Líbreme Dios de cometer semejante torpeza!

—Que sería un crimen.

—No lo temáis.

—¿Y por qué dices eso?

—Para haceros comprender que supongo que no queréis que vuestra hija represente el más triste papel.

—No te comprendo.

—Mi unión con don Leandro de Sandoval...

—¿Acaso te rebaja?

—Sí —contestó sin vacilar la joven.

Don Pedro fijó en su hija una mirada de profunda extrañeza.

—¿Se ha trastornado tu razón?

—No, padre mío.

—Entonces...

—Si no se tratase más que de violentar mis sentimientos, nada sufriría mi dignidad de señora.

—De otra cosa no se trata, y aun eso por algunos días, pues concluirás por amar a don Leandro como él merece.

—¿Cómo he de amarle, cuando sé que no puedo ser amada?

—Sobre ese punto te equivocas también.

—No me equivoco, porque tengo pruebas incontables.

—Podrá ser que ahora no te ame Sandoval; pero como su corazón está libre...

—En eso consiste vuestro error...

—¡María!

—Sí; don Leandro de Sandoval está enamorado.

—¿Qué dices?

—Enamorado ciegamente; y aunque obedezca a sus padres...

—¡Imposible!

—Aceptar su mano a sabiendas de que hace un sacrificio; tener la prueba de que piensa en otra mujer mientras se encuentra a mi lado; saber positivamente que su ternura es fingimiento, sus caricias, una fórmula... ¡Oh! ¡No, padre mío; eso no, porque es demasiado horrible! Y el rostro de María cambió de expresión.

Don Pedro la miró sorprendido.

—Y la mujer a quien ama Sandoval, si no llega a ser su esposa, será su amante.

—¡Tales locuras piensas; tan graves cosas dices!...

—Y vos, que sois tan celoso de mi dignidad, que tanto me amáis, que es mi dicha vuestro afán único...

—¡Te han engañado!

—¡Que me han engañado! Pruebas tengo, y esas mismas tendréis vos también.

El comendador empezaba a sentir un malestar inexplicable.

Si era verdad que Leandro amaba tan ciegamente, su madre nada podría conseguir.

—¡Explícate! —dijo el caballero después de algunos instantes.

—Antes me parece justo que me deis a conocer vuestra opinión.

—¿Y qué he de opinar cuando es tan vago lo que dices?

—Pero supongamos que no me equivoco, que no exagero.

—Si don Leandro está comprometido, si a tal punto han llegado las cosas que el mundo puede hacer cierta clase de comentarios...

—No me obligaréis; ¿es verdad?

—María, quiero explicaciones tan claras y terminantes como lo exige la gravedad de la situación. No hay nadie que tenga noticias de esos amores, y, por consiguiente...

—Yo las tengo.

—¿A quién ama Sandoval?

—A una mujer pobre.

—¿Pobre?

—De clase humilde.

—¿También se ha rebajado?

—Pero es virtuosa, y en cuanto a su belleza, no tiene rival.

—¡Otro ejemplo tristísimo de la desmoralización de nuestros días! —exclamó don Pedro— ¿Qué va a ser de la sociedad dentro de algunos años si el mal no se corta de raíz? ¡Horrorizado estoy, y aun me parece imposible! ¡Tú correspondeste al amor de un miserable cualquiera; el ilustre Sandoval promete ser esposo de una desdichada! ¡No quiero creerlo, no quiero creerlo!

—Será muy horrible, padre mío; pero es verdad.

—¡No conoces el mundo!

—¿Y qué tiene ver mi inexperiencia con este asunto?

—Si lo conocieses, no te asombraría que un hombre de ilustre cuna y elevada posición enamorase a una pobre mujer. Pero eso no significa más que una calaverada de la juventud, calaveradas que no deshonran ni a nada comprometen.

La frente de María se contrajo.

Había comprendido demasiado bien lo que su padre quería decir.

—Los hombres —añadió don Pedro— gozan del privilegio de una libertad que no tienen las mujeres.

—Eso es decir que los hombres pueden impunemente deshonorar a una infeliz.

—¡No hablemos de eso!

—Es preciso, porque se trata de mi porvenir, de mi felicidad.

—Pero ciertas observaciones no están bien en boca de una niña inocente y cristianamente educada. Preciso es que sepas que engañar a una de esas mujeres no es amarla, y deshonorarla no es deshonorarse; porque semejantes locuras, por más que sean dignas de severo castigo, no dejan huella, ni siquiera recuerdo, y, por consiguiente...

—¡Perdonad, padre mío!

—¿Vas a decirme que si don Leandro de Sandoval no está verdaderamente enamorado de esa mujer hace mal en decirle que la ama, y mal también en prometerle que será su esposo? Pero esas promesas y el amoroso fingimiento no son más que ardidés, medios ingeniosos de que se vale el seductor para conseguir su deseo.

—¡Dios mío!

—Nada de eso quisiera yo decirte; pero a ello me obligas desde que das al asunto un carácter que no puede tener.

—Aun no estoy convencida.

—Si el hombre es culpable, no lo es menos su víctima, pues una mujer pobre y de humilde condición no debe creer que ha de casarse con un hombre como don Leandro de Sandoval; pero con el fin de sacar mejor partido de su amor, para inspirar el interés que la víctima inspira siempre, ella finge también que tiene fe ciega en las palabras y las intenciones del seductor, y sa-

biendo que la engañan, se deja engañar, porque eso es cuestión de conveniencia. Después que ha sucedido la desgracia, ella llama perjuro al seductor, pone a Dios por testigo, se queja y escandaliza, y según la magnitud del escándalo es la recompensa, pues siempre se arregla todo eso con una indemnización en monedas de oro que sirven de dote a la mujer seducida y son la base de su fortuna. Así queda el seductor libre de importunidades, y ella se consuela al fin; y como tiene una dote, encuentra marido honrado con más facilidad.

Todas estas explicaciones las dio don Pedro con una frialdad espantosa.

María estaba horrorizada.

¿No exageraba su padre?

Si no exageraba, el mundo era un lodazal donde las almas puras no podían vivir.

De las explicaciones de don Pedro se deducía lo siguiente: los ricos emplean su dinero en satisfacer sus pasiones, y los pobres hacen fortuna traficando con su honra.

María era inocente; pero su buen instinto le decía que aquello no podía ser verdad.

No se equivocaba, ya lo sabemos; pues si hay mucha maldad en el mundo, no todas las criaturas han llegado a la depravación.

Sin embargo, no quiso la joven discutir sobre este punto, y concretándose a la mujer amada por Leandro, dijo:

—Entonces, hay una desgraciada que se encuentra al borde del abismo.

—Lo dudo; pero no lo niego.

—Nuestro deber es salvarla; y si no es nuestro deber, así nos conviene hacerlo.

—Es peligroso tomar parte en esas intrigas.

—Creo que bastará hacer una advertencia a esa mujer

infeliz, porque repito que es virtuosa y que con la mejor buena fe del mundo ha creído en el amor de don Leandro.

—Fingiré creer; pero...

—Pensad que también es posible que don Leandro ame de veras a esa mujer.

—¡No, no!

—Yo, padre mío —repuso la joven en tanto que sus mejillas enrojecían—, amo a un hombre de humilde clase, y puede suceder...

—¡No me recuerdes eso!

—Pues bien; he adoptado una resolución, y no retrocederé.

—¿Y en qué consiste esa resolución?

—No seré esposa de don Leandro si ama de veras y con buenas intenciones a esa desgraciada; porque si para obedeceros estoy dispuesta a sacrificar mi corazón, no haré lo mismo con mi dignidad, ni creo que vos me exigiréis semejante sacrificio.

—Averiguaré la verdad.

—Ya la conozco sin necesidad de más averiguaciones.

—¿Quién es esa mujer?

—Se llama Consuelo.

—¡Consuelo! —murmuró el comendador.

—El nombre de su madre es Mariana.

—¡Mariana! —dijo don Pedro con voz sombría.

Y su rostro empezó a contraerse, añadiendo como si hablase para sí:

—¡Extraña coincidencia!

—Esas infelices, que apenas cuentan con lo necesario para vivir, habitan en una casa de la costanilla de Santiago.

—¡La costanilla de Santiago! —repitió el comendador, que empezaba a parecer un eco.

Y su rostro se contrajo más y se cubrió de nerviosa palidez.

La escena tomaba un nuevo carácter.

¿Por qué don Pedro se inmutaba así?

No era fácil adivinarlo.

La hija, sin advertir el efecto que producían sus palabras, prosiguió diciendo:

—La casa hace esquina a la calle del Mesón de Paños.

—¡Oh!

—Y a esa calle dan las ventanas o los balcones de la habitación de esas dos mujeres.

—¡La calle del Mesón de Paños! —balbuceó don Pedro.

—Sí.

—¡La hija se llama Consuelo!

—Eso es.

—¡Y el nombre de la madre es Mariana! ¡Vive el cielo!

Limpióse el comendador algunas gotas de frío sudor que corrieron por su frente.

Cambió de postura como si no se encontrase bien.

Miró a todos lados, y después de algunos momentos, dijo:

—Puesto que tantos detalles conoces...

—Sí.

—¿Podrás decirme quién es el padre de esa mujer?

—No lo tiene.

—Pero su nombre...

—Ella la ignora.

—¿Que lo ignora?

—Porque su madre no ha podido decirlo, y nadie lo sabe.

—No comprendo bien.

—Hace muchos años que la pobre Mariana enfermó y quedó muda.

—Pero sus vecinos, sus parientes, sus amigos...

—No tiene en Madrid amigos ni parientes, ni a nadie conocía cuando llegó aquí.

Quedó el comendador inmóvil como una estatua, con los ojos extremadamente abiertos y la mirada fija en María.

Entonces fue cuando ésta comprendió que algo extraordinario pasaba en el alma de su padre.

También ella guardó silencio, porque no tenía más qué decir.

Algunos minutos pasaron.

Por fin el comendador se puso en pie, acercóse a su hija, la asió por un brazo, y sacudiéndola brutalmente le dijo:

—¿Quién te ha dado esas noticias?

—¡Padre mío!...

—¡Habla pronto!

—Pero...

—La verdad, quiero saber la verdad! —gritó fuera de sí don Pedro.

Y oprimía el brazo de su desgraciada hija.

Ésta exhaló un grito de dolor, en tanto que su rostro se tornaba lívido.

—¡Responde, responde!

—¡Lo sabréis, pero dejadme!

—¡La verdad, María, la verdad; porque si mientes, no respondo de lo que haré!

Y el comendador temblaba a impulsos de la ira. Era siniestro el brillo de sus ojos, y su aspecto infundía terror.

—¡Me hacéis sufrir horriblemente! —dijo la pobre niña, de cuyos ojos brotaron dos lágrimas.

—¡Acabemos!

—¡Soltadme! ¡No puedo hablar!

—¡Ya te escucho! —dijo don Pedro.

Y soltó el brazo de su hija, aunque siguió mirándola terriblemente.

—Todo eso lo sé por el hombre a quien amo.

—¿Cuándo te lo ha dicho?

—Hace pocos días; cuando nos veíamos en el jardín.

—¡Mientes!

—¡No miento! —dijo enérgicamente María.

—¡Ese hombre no puede saber lo que acabas de decir.

—Lo sabe.

—¿También vive en la casa de la Costanilla?

—No.

—¿Cómo ha podido averiguarlo?

—Lo ignoro.

—¿Y no sospechas quién es el padre de Consuelo?

—No.

—¿Dices que la madre perdió el uso de la palabra hace muchos años?

—Cuando Consuelo era muy niña.

—¿Y que no tiene en Madrid parientes ni amigos?

—Creo que hacía poco tiempo que se encontraba en la corte, y a nadie había querido dar a conocer su situación.

—¡Necesito más detalles, más!

—Lo único que sé es que la pobre Mariana fue acometida repentinamente de un mal, y que no ha sido posible curarla.

—¿Y tampoco puede moverse?

—Tampoco.

Empezó don Pedro a pasearse a lo largo de la habitación.

A los pocos minutos parecía haberse olvidado de la joven, y hacía en voz alta algunas reflexiones; pero como se interrumpía frecuentemente, no era posible seguir el curso de sus ideas, ni mucho menos comprender el motivo de su trastorno.

— ¡Ella también! —murmuraba— ¡Sí, porque debe de ser ella! ¡Oh! ¡Y si es verdad que la ama!...

Guardó silencio.

Luego dijo:

—¿No me obliga el deber? ¡No, porque!... ¡Es imposible, imposible!

Frío sudor corría por su frente.

María temblaba.

Inútilmente se empeñaba la infeliz en adivinar la causa del trastorno de su padre.

Primero no había dado éste ninguna importancia a los amores de Leandro, que calificó de pasajero capricho, de locura de la juventud; pero no pensó lo mismo cuando le dieron a conocer el nombre y las circunstancias de la mujer amada.

Era imposible explicar tan repentino cambio.

Sentíase María más aturdida cada vez, y miraba con terror a su padre.

Por de pronto, la revelación del secreto no había producido el efecto deseado.

— ¡Mariana, Mariana! —repetía sin cesar el comendador.

No hacía esto para guardar en la memoria el nombre de la madre de Consuelo.

Al cabo de media hora exclamó enérgicamente:

— ¡No retrocederé!

Y se detuvo frente a su hija, diciendo:

— ¡Prepárate a ser esposa de don Leandro!

— ¡Su esposa!

— No debe sorprenderte esta determinación.

— ¿Y mi dignidad?

— ¡Esos amores concluirán bien pronto!

— ¿Qué me importa que concluyan en apariencia, si ha de ser de otra mujer el corazón de mi esposo?

— ¡No será, porque ese capricho, esa calaverada!...

- No es un capricho; es una pasión.
- ¿Cómo puedes saberlo?
- Como todo lo demás.
- Los que te lo han dicho así juzgan por las apariencias; pero la verdad nadie la conoce más que el mismo Sandoval.
- Su conducta con esa mujer...
- ¡Fingimiento!
- La trata respetuosamente.
- ¡Para inspirarle confianza!
- Nunca se ven a solas.
- ¿Quién puede asegurarlo?
- ¡Padre mío!...
- ¡Yo conoceré la verdad!
- Sí, haced averiguaciones.
- Algo más haré, y bien pronto se pondrá fin a esa locura. Entonces tu dignidad quedará a salvo, y no habrá ningún inconveniente para que se realice la unión que tanto deseo.
- ¡Me parece que prometéis demasiado!
- Lo que puedo cumplir.
- Si don Leandro de Sandoval ama verdaderamente...
- ¡No es posible!
- Pero si ama, porque el corazón no reconoce diferencias sociales...
- Comprenderá sus deberes y olvidará a esa mujer, si es que antes ella no le olvida.
- Hizo María un gesto de duda.
- Ahora escúchame con atención, y guarda bien en la memoria lo que voy a decirte.
- Ya escucho, padre mío.
- Nunca, en ninguna ocasión ni por motivo alguno pronuncies los nombres de esas mujeres, ni hagas mención de las circunstancias de su triste vida, ni siquiera dejes adivinar que las conoces o sabes que existen

—Seréis obedecido; pero con don Leandro de Sandoval...

—¡Lo mismo que con todos!

—Nadie más que vos oirá que pronuncio los nombres de esas infelices.

—¡Yo tampoco quiero oírlos!

—Sin duda, no pensáis que, dependiendo de este asunto mi porvenir...

—Yo haré lo que debo, lo que te conviene.

—Sí lo creo; sin embargo...

—Algún día sabrás que esos amores han concluido y entonces podrás vivir tranquila.

—¡Tranquila! —murmuró con amargura la joven.

—¡Y en cuanto al miserable que ha encendido tu corazón!...

—Es honrado, y su alma...

—¡Está bien! —interrumpió ásperamente don Pedro.

—Como no quiero mentir...

—Puedes amarle toda tu vida; pero guarda el secreto de ese amor, que te deshonra, y ten entendido que antes de permitirte ser esposa de ese hombre, yo mismo te quitaré la vida, a pesar de que te amo tanto.

Exhaló María un triste suspiro, inclinó la cabeza y quedó silenciosa.

El comendador salió del aposento; fue al suyo, y llamó a su criado Andrés.

Hablaron por espacio de media hora.

El sirviente salió de la casa mientras decía para sí:

—¡Diantre! ¡El asunto se enreda demasiado; pero no importa!

¿Adónde iba?

A la costanilla de Santiago para hacer averiguaciones, según había dispuesto su noble señor.

Entretanto don Pedro, más preocupado cada vez, tomaba su sombrero y su bastón, diciendo con voz sorda:

—¡Después de tantos años!... ¡Oh! ¡Y ella también!... ¡Pero el valor me sobra!

Salió el caballero.

—Preciso es —decía— que la condesa tenga conocimiento de lo que pasa, pues para decírselo no es menester hablarle del otro secreto.

Y a la morada de la condesa se encaminó.

Al comendador debía sucederle lo mismo que a su hija, pues no era posible que adivinase el efecto que en la infeliz condesa había de producir la revelación del secreto de los amores de su hijo.

¿No adivina todavía el lector la causa del trastorno de don Pedro?

Suponemos que sí; pero, por si nos equivocamos, le diremos que Consuelo era hija del comendador, y, por consiguiente, hermana de María.

La situación se complicaba demasiado.

CAPITULO XXII

El comendador sigue implacable

Ahora que el lector conoce el secreto, puede comprender lo que en el alma de don Pedro sucedería.

Una de sus hijas le salía al encuentro en el camino de su criminal intriga y de sus ambiciones, precisamente la hija abandonada por él, y aun pudiera decirse que olvidada, puesto que el comendador no sabía lo que había sido de la infeliz Mariana.

Desde que ésta enfermó había visto don Pedro enteramente libre de su desdichada víctima, y las primeras noticias que tuvo después de muchos años fueron las que acababa de darle María.

¿No parecía todo esto providencial?

Si la conciencia del comendador había dormido hasta

sibilitada. Pasaron innumerables privaciones. El sastre, compadecido, las ayudaba en cuanto podía.

Don Leandro de Sandoval entabló relaciones con Consuelo. Ambos se amaban. Pero al descubrir ella la elevada posición de Leandro, se aterrorizó. Ella desconocía el nombre de su padre. Su nacimiento era un secreto, que sólo su madre sabía; pero la parálisis le impedía revelarlo.

Don Leandro consiguió averiguar que el padre de Consuelo era noble, y juró buscarle y obligarle a que reconociese a su hija.

Entretanto, el comendador don Pedro, hombre malvado, seguía trazando planes en compañía de su fiel criado Andrés, para vengarse de Querubín y conseguir la boda de su hija con Leandro de Sandoval.

En la vida de doña Margarita de Solís, condesa de Rocanegra, había un terrible secreto, que ni su hijo Leandro había podido descubrir a pesar de intentarlo al ver que su madre no era feliz, que sufría torturada por algún lejano recuerdo.

A los quince años se enamoró locamente de un rico caballero, llamado don Juan de Monzón. Cuando más se querían, don Juan tuvo que huir a París por haber tenido un duelo.

La familia de doña Margarita aprovechó esta coyuntura para obligarla a casarse con el conde de Rocanegra, hombre perverso, que la hizo desgraciada. Tuvo con él un hijo: Leandro, el conde tuvo que marchar, nombrado virrey, a la India, y al poco tiempo llegó de allí la noticia de su muerte.

Entretanto, don Juan de Monzón había regresado. Volvió a ver a doña Margarita. Reanudaron sus amores, y el destino les dio un hijo: era Querubín, y don Juan le confió a una mujer para que le criase en secreto, hasta que pudiera legitimar su unión con doña Margarita. La misma noche fue asaltado por unos ladrones, que le dejaron gravemente herido. Entre la vida y la muerte pasó largo tiempo, durante el cual el conde de Rocanegra, que no había muerto, como se decía, regresó a Madrid y reanudó su vida al lado de la condesa.

Al curarse, don Juan quiso averiguar el paradero de su hijo, pero no logró encontrarle.

Amargado, se retiró a vivir a su gran palacio, mientras la pobre condesa sufría al infame conde. Sólo una persona sabía el secreto de aquellos amores: el comendador don Pedro, que ruinmente lo había averiguado, valiéndose de su amistad con don Juan, cuando éste estaba moribundo. Con objeto de sacar partido a aquel secreto, hizo gestiones, y llegó a averiguar que Querubín era aquel hijo. Pero lo que ignoraba era que fuese el amado de su hija.

Deseando que María se uniese a la casa Rocanegra, propuso esa unión. El conde, a quien no le importaban su mujer ni su hijo, lo dejó a elección de ellos. La condesa se lo dijo a Leandro; pero éste, enamorado de Consuelo, contestó que quería casarse por amor, no a la fuerza, y que María no le quería a él. La condesa, que idolatraba a su hijo, comunicó esta decisión a don Pedro. Pero don Pedro, que estaba dispuesto a todo para efectuar aquella boda, porque le convenía, descubrió a la condesa que conocía su secreto y que, además, sabía dónde se encontraba el hijo perdido y podía devolvérselo. Pero solamente lo haría con la condición de que Leandro se casara con María. En caso contrario, ni le ayudaba a descubrir a su hijo, ni callaría el secreto: se lo contaría todo al conde.

¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre!

Mientras se desarrollan todas estas escenas, el señor de Guevara obliga al sastre a que le descubra el secreto de los amores de Leandro. Y para que Querubín tenga un nombre noble, decide reconocerle públicamente como hijo suyo.

El sastre corre a casa de don Leandro y le cuenta lo ocurrido. Ambos creen que el protegido del señor de Guevara está enamorado de Consuelo.

Querubín ronda la casa de María y consigue ponerse al habla con la doncella Juana.

Esta, para que Querubín consiga entrevistarse con su amada, convence a una mujer que habita en una guardilla lindante con el palacio para que le deje por allí pasar al tejado, y de ésta a las habitaciones.

La condesa de Rocanegra insiste con Leandro en que se case con María. Leandro se extraña de tanta insistencia, y continúa negándose a ello.

COLECCIÓN ENIGMA



NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO



ENIGMA 1.ª serie

- | | | | |
|-----------------|-------------------------|--------------------|---|
| 1 — J. MARY — | Ruitabos | 11 — G. LEROUX — | El corazón secuestrado |
| 2 — " — | El bufón por sacrificio | 12 — " — | Roulettable en Rusia |
| 3 — " — | ¡Por allá! | 13 — LE ROUGE — | El adarago del espacio |
| 4 — " — | La astucia de una mujer | 14 — " — | Al astro espantoso |
| 5 — " — | La venganza del Destino | 15 — SPITZMULLER — | El capitán Lágarde de Jazac |
| 6 — " — | El secreto de Mari-Rosa | 16 — " — | Los amores de Francisco I y la Gioconda |
| 7 — " — | Ultraje Mortal | 17 — " — | La marquesa dolorosa |
| 8 — ESTAUNIE — | Las cosas ven | 18 — " — | La favorita |
| 9 — G. LEROUX — | Bibi, tomo I | 19 — " — | El misterio de mirafior |
| 10 — " — | Bibi, tomo II | 20 — " — | El hijo de Santos |

PRECIO DE CADA TOMO EN RÚSTICA

2,50 PESETAS